

El mar en la ventana

Fanny Buitrago



Pablo López, *Sin título*, 2012, grabado 4/7, 25 x 17,5 cm

Hay trece personas en la sala de un hospital. Todas sufren taras inconcebibles, deformaciones monstruosas y males insólitos que les condenaron perpetuamente a la esclavitud del dolor. Viven hace tiempo en este lugar, de donde les será virtualmente imposible salir. No reciben cartas ni regalos ni visitas. Así están bien.

No obstante, el mundo exterior no les olvida totalmente. Son recordados de tarde en tarde, como habitantes del miedo y el insomnio febril,

víctimas de crímenes innobles e injusticias horripilantes. Acreedores del remordimiento. Están aislados en un círculo mágico, porque ya desecharon la condición humana y aceptaron con naturalidad pertenecer a la estirpe arrogante de los monstruos.

No es tan odioso ser una criatura fantástica y quizá de origen mítico, encadenada por retorcidas exigencias a una cama, a un trípode o burbuja plástica, que recibe diariamente el respeto y la comprensión de sus iguales. Es mejor que saberse orate, leproso, mendigo o

ladronzuelo hambreado, a merced de la justicia, la piedad asqueada y el temor incontrollable del hombre normal. O de la bondad dudosa e interesada, ejercida por religiosos fanáticos, mujeres virtuosas y gobiernos incompetentes, en beneficio de los incapaces que han sido expulsados del gran rebaño humano.

Están realmente aislados. Todavía son trece. Seguros en un mundo cálido y propio, en donde bajo el azote del sufrimiento existe realmente la solidez del amor, cristalino e inmutable. Y la amistad es un nudo sobre otros nudos, fuertemente amarrada, que no admite acciones mezquinas, ni deja incubar sentimientos vergonzosos, la envidia, el temor, los celos lacrimosos.

Los hombres están un tanto enamorados de Ada. La muchacha-aguja, calva y de piel transparente forrada a los huesos. Su rostro quedó milagrosamente intacto y sonrosado, a pesar de haber sido mutilada concienzudamente durante su otra vida anterior, en los sótanos de una prisión, por un artífice especializado en lentas torturas. Ha perdido el habla, aunque todavía sabe escuchar... Jericó la ama más que a nadie, e inventa canciones para ella, baladas del satinado mar y el plenilunio, rondas infantiles y versos henchidos de musgo tierno para impedir sus amargas lágrimas sin sonido.

Chef-globo resulta tan increíblemente pesado que su triple cama está colocada sobre una base metálica rodante. Únicamente tres enfermeros, singularmente forzudos y ajenos al pavor y a la compasión, pueden removerlo de su lugar. Es el oráculo y la sabiduría gastronómica, experto en banquetes y fiestas nunca ofrecidas. Sabe de memoria recetas a centenares y suele decir pausadamente, con devota unción —para deleite de quienes pueden escuchar e imaginar— cómo se sazonan los platos más fabulosos del mundo. Con gestos apasionados simula rellenar faisanes, mezclar salsas exquisitas con nata agria, estragón, zumo de limón y vino blanco; preparar el aromado té de jazmín; y también embelesarse con la perfumada consistencia de la pimienta y el eneldo, la diafanidad del almíbar perfecto y la etérea espuma de un ponche favorito.

Chef-globo no soporta en su estómago desproporcionadamente extendido otra cosa que papillas sin condimentos, leche tibia, pan de centeno.

Está Gastón-noche, el encapuchado, deslumbrantes los ojos color jerez, unos dientes magníficos, riente la doble cinta encarnada de sus labios. Quizá oculta un guargüero salvaje, agallas sanguinolentas, una masa informe de nata salitrosa o manteca corrompida. Tiene manos ligeras y la virtud de extraer la azucena, el diminuto gorrión y el leve colibrí



Viviana Serna, *Rosassalchicha* de la serie “Quisiera que mi casa nadara en rosas”, 2012, tinta, acuarela, acrílico y transfer sobre MDF, 20.3 cm

tornasolado, de un pliego de papel crespón. Porque ninguna revista, periódico o folleto entra en esta sala del hospital sin pasar por una censura estricta. Los textos admitidos por el Director deben referirse a temas agradables, como por ejemplo, al hermoso y soberbio Polifemo, al mortífero rostro de Gorgona, a faunos briosamente enamorados, al Rey Cuervo y el Culebrón, al Dios Pan, a los pueblos liliputienses y sirénidos y a sus delicadas mujeres.

Jericó ama, Jericó es amado, por la radiante alegría con que inyecta ansias de vivir en los

otros. Con su rostro angelicalmente luminoso, el cuerpo húmedo y reluciente de una estrella de mar, ágil y vivaz, tachonado de pequeñas ventosas que le ayudan a desplazarse de una cama a otra... ¿joven o anciano?... nadie lo sabe. Jericó puede rozar una cabeza afiebrada, consolar a una masa de carne palpitante acongojada por la nostalgia telúrica e indefinible, arrullar a los siameses macrocefálicos, dar su comida —cucharada a cucharada— a la tierna, a la linda muchachagua. Hasta fingir que prepara sabrosos potajes dirigido por Chef-globo.

Así es. Todos aman a Jericó; su rostro de arcángel esculpido en el renacimiento, su largo cabello rizado color azul, la hermosa voz emparentada con el viento, y el casi imperceptible reptar de los cangrejos en la arena. Porque el ser-estrella constituye el único lazo admisible entre los habitantes de la sala con una fracción exclusiva del mundo exterior. El sitio en donde todos, todos ellos hubiesen querido vivir.

Jericó se mueve rápidamente. Su piel posee una estructura especial, que le permite adherirse a la pared de ladrillos y trepar hacia la única ventana. ¡Qué maravilla...! ...¡Puede hacerlo...! Está encantado de hacerlo, pues sus ojos azul hortensia no se detienen en la gente que pasa por la playa, no se molesta en ver a nadie, y nunca ha dicho... —Allá está el salvavidas, la rubia del bikini, el vendedor de globos, los heladeros, una competencia de regatas...

Él tiene su manera de contar e hilvanar y de llevarlos en cabalgata sobre el firme potro de su voz hacia otros horizontes ubicados detrás de la ventana. Le resulta fácil descubrir la silueta estilizada de un velero recortado entre el índigo apacible del mar y el crepúsculo incendiario, navegando hacia una noche estremecida por cien mil estrellas de platino líquido.

Jericó... ¡Tan bello que duele mirarle! Jericó sabe mecer en el viento a las gaviotas y atrapar

el liviano reflejo de los peces voladores sobre encrespadas olas de fósforo y estaño; predice el carnaval de la próxima tormenta y cuenta amorosamente los delfines... Se fatiga pronto, y desciende a reposar largo rato. Huele a mar y a puertos y a caletas y ensenadas. Trae partículas de algas, rutilantes de yodo, arena, clorofila, adheridas a los húmedos cabellos; restos de sal vivificante (lamida por todos) impregnan las puntas de su cuerpo, llagadas por el esfuerzo. Pasa demasiado tiempo adosado a la ventana.

Jericó es la mitad de la vida en esta sala de hospital.

Jericó recibe un amor múltiple y sin límites, que ciega torpemente a sus amigos. Ninguno de ellos pudo imaginar que la melancolía caería fulminantemente sobre él, después de haber relatado el esplendoroso desfile del circo Melusina.

Aulló, gritó, silbó. Sofocándose intermitentemente en sus propias carcajadas. Le estaba vedado palmotear al divisar los flamantes camellos ricamente enjaezados, los fieros tigres de Bengala, las dóciles llamas, las yeguas árabes y los caballos de paso colombiano empenachados en rojo, las moteadas jirafas mordisqueando hojas del verde eucalipto... ¡Perros saltarines!, elefantes lustrados con cera azafranada, y bravos leones con melenas de cobre liso. También las luces y campanillas y acordeones, platillos, marimbas

y flautas de metal bruñido. Las alegres serpentinas y el fantástico centelleo de los volcanes y cohetes y candelas romanas entreverados en el licor oscuro de la noche. Atrás, el suave rumor del oleaje eternamente fugitivo.

¡Jericó fue incapaz de soportar tantas emociones...! Concluida la noche es atacado por la fiebre. Su corazón, del tamaño de un huevo de paloma, débil y mal ubicado, le falla en pleno sueño. La muerte viene a reclamarlo al amanecer, cuando, estrella sonámbula y sin alas, besa por última y milésima vez la tersa frente de la linda muchacha-aguja.

Muerto, Jericó semeja un bellissimo pájaro maldito fulminado por la peste. No es enterrado en un agradable jardín, como sucede a las aves-mascotas, ni tampoco en el camposanto inmediato al hospital. No. Es incinerado a hurtadillas, rápidamente, para evitar el pánico y las murmuraciones. Su muerte no debe llamar la atención afuera.

Ahora sus cenizas están dispersas en el viento, desde donde tornarán, partícula a partícula al tibio seno de la tierra, a un conjunto de células, ojalá a otra figura de hombre afortunado. En el mundo que le vio nacer, y en la casa que le viera crecer horrorizada, en adelante existirá un profundo alivio al recordarle.

En la sala del hospital, se sigue amando intensamente a Jericó, pero no hay dolor al añorarlo. La muerte es otra cara de la dicha, un

paso mínimo por el camino de la verdadera libertad, el único camino permitido a una persona como él: arcángel-estrella-pájaro maldito. Monstruo prisionero en su brillante, húmeda piel de no-humano.

Quizá el alma de Jericó ha ido al fondo luminoso del mar. Quizá ocupe un reclinatorio en los Siete Coros Celestiales... Si los otros pudiesen cantar, entonarían interminables himnos en su honor... No intentan olvidarle. Continúan aferrados a la rutina, como una fórmula lógica de salvar la cordura. Reciben a los enfermeros que acuden tres veces al día, a retirar los recipientes con orina y excrementos, a vigilar el oxígeno, las burbujas plásticas y los pulmones metálicos. Son buena gente. Les frotan con esponjas y alcohol, sonríen amables, les ayudan a cortarse las uñas — cuando hay uñas— a tomar el alimento, cambian religiosamente las sábanas manchadas. Todo es normal en la anormalidad. Han transcurrido cuatro semanas desde la desaparición de Jericó, cuando un rubio titánida viene a ocupar su lugar, ya la cama desinfectada y con edredones nuevos. Responde al nombre de Arsenio, pero muy pronto será el hombre-del-palo-ensebado. Sentado o en cuclillas es más alto que Gastón-Sombra. Duerme siempre encogido y en cama doble, reforzada con listones metálicos.

Arsenio crece desaforadamente. Lleva veinte años sin cesar de crecer. Anteriormente,

cuando salía a la calle, desataba tumultos, escándalos y accidentes con su presencia... Hasta que cesó de luchar contra el verdugo de sí mismo. Tuvo pánico de la gente que amaba, comenzaron a erosionarle sus miradas tristes y avergonzadas.

Poco a poco aprenderá la difícil tarea del olvido.

Es otro de ellos, ha tomado el lugar de Jericó. Así, una tarde, Chef-globo le ruega ceremoniosamente, le suplica que se acerque a la ventana.

—Describe únicamente lo que te guste, real y verdaderamente...

No es necesario que nombres a la gente extraña...

Arsenio atraviesa la sala con amorfa indolencia, entre las camas blancas y los olores repelentes. No experimenta un profundo dolor al caminar, pero sus piernas flojean como el trapo. Los huesos parecen engrudo y madera liviana. No existe una pizca de dureza en sus músculos bamboleantes. Es un muchacho asustado y perplejo, brutalmente golpeado por la vida. A lo lejos semeja un maromero plástico, defectuosamente armado. Y se enfrenta al nuevo y reducido universo con ojos hastiados, barbilla filosa y papada colgante.

Despacio, muy despacio se acerca a la ventana. Absurdamente alto, tembloroso, encorvado. Se le ve fruncir la nariz en forma de guadaña, presionar la cabeza abombada contra el vidrio

esmerilado, mover una mano espatulada e inmensa, retirar el cerrojo.

La voz de Arsenio es chillona e impaciente:

—No hay nada, no hay absolutamente nada. Solamente un muro de cemento.

Aburrido y desilusionado torna a su cama, mientras sus larguísimas piernas se tuercen y las rodillas chocan entre sí.

Fanny Buitrago (Barranquilla, 1945) es autora de una prolífica obra en diversos géneros como novelas, cuentos y piezas de teatro. Algunas de sus principales obras son: El hostigante verano de los dioses, Los pañamanes, Los amores de Afrodita: cuatro cuentos y una novela breve, Señora de la miel, Bello animal, La otra gente, Bahía sonora. Relatos de la isla, ¡Libranos de todo mal! (de donde extractamos el presente cuento: Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1989, pp. 29-34), El hombre de paja, El día de la boda y Cartas del palomar.